



Fecha de recibido: \_\_\_\_\_

Fecha de entrega: \_\_\_\_\_

Nombre del estudiante: \_\_\_\_\_

Responsables: **Docentes del Área.**

**OBJETIVO DE APRENDIZAJE:** Conocer las características de la literatura de género e interpretar la importancia de la mujer en la literatura colombiana.

## INTRODUCCIÓN

Hablar del papel de la mujer en la literatura resulta desconocido cuando no se ha enseñado y dialogado en las aulas de clase la cantidad de autoras que han hecho historia en nuestro país y pese a las circunstancias que tuvieron que enfrentar, lograron superarse y mejorar aspectos de sus escrituras, sus ideologías y sus posiciones frente al mundo que las rodeaba; gracias a esa lucha constante de las escritoras y poetas colombianas, en la actualidad, las mujeres se han ganado un puesto importante dentro del arte de la literatura y aun con manifestaciones de machismo y rechazo, sus pensamientos se siguen posicionando en un país que olvida los acontecimientos que han tenido que enfrentar las mujeres para estar en el lugar donde están hoy en el mundo literario.

En ese orden de ideas, la literatura de género resulta ser de vital importancia debido a que las nuevas generaciones deben conocer, leer, indagar y gozar de manera subjetiva las propuestas literarias que se exponen desde esta manifestación literaria, que se encuentra en constante crecimiento y desglosa gran parte de la preocupación como ciudadanos y colombianos dentro del panorama del territorio nacional. En consecuencia, lo que se pretende es mostrarle a los estudiantes las escritoras que han brotado y seguirán brotando en nuestro país y cómo han resurgido a pulso y con disciplina en grandes escenarios nacionales e internacionales.

## ¿QUÉ VOY A APRENDER?

En la presente guía se presentan una serie de características propias de la literatura femenina de nuestro país, desde las primeras autoras hasta las que han surgido hasta hoy; además, se entrará a un diálogo en conjunto entre los

estudiantes y los profesores en relación con las autoras colombianas, qué perciben de algunos de sus escritos y qué manifestaciones culturales se exponen en sus poemas y cuentos. Para ello, vale destacar que cuando se habla de mujeres colombianas que se destaquen en las letras, surge una lista muy corta: Soledad Acosta de Samper, Elisa Mujica, Fanny Buitrago, María Mercedes Carranza, Marvel Moreno, Orieta Lozano, Albalucía Ángel y, algunas recientes, Laura Restrepo, Yolanda Reyes o Piedad Bonnett.

En ese sentido, ubicar a la mujer en la literatura colombiana, será clave para una mejor interpretación, entendiendo que cada estudiante desde su subjetividad, está en las condiciones de adentrarse en la lectura de ciertos cuentos y poemas que han significado numerosos reconocimientos a algunas de las escritoras más relevantes de nuestro contexto, por ende, también se dialogará en torno a las escritoras tolimenses que hacen parte de la historia y han contribuido a la literatura desde sus experiencias: Martha Elizabeth Varón, Patricia Coba Gutiérrez, Luz Mary Giraldo y Myriam Castillo Monsalve.

## **LO QUE ESTOY APRENDIENDO**

Para iniciar con este proceso de enseñanza-aprendizaje se harán las siguientes preguntas generadoras:

1. ¿Qué sabe acerca de la literatura femenina en Colombia?
2. ¿Conoce autoras colombianas? ¿Cuáles?
3. ¿Cree que las mujeres están en las mismas condiciones de escribir que los hombres?
4. ¿Ha leído autoras colombianas? ¿Cuáles?
5. ¿Compraría libros que sean escritos por mujeres?

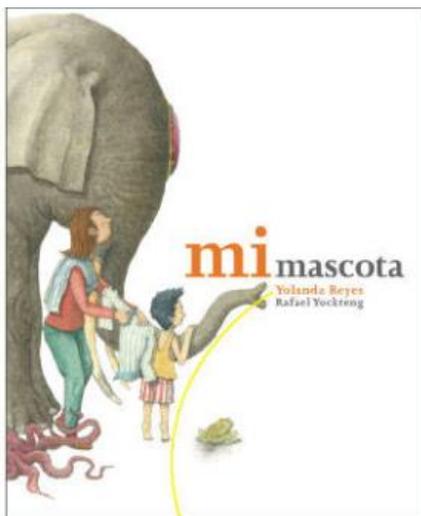
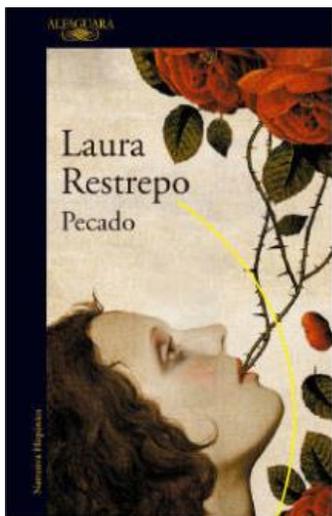
A continuación, puede visualizar el video que contextualiza la literatura femenina en Colombia.

Enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=D7r6bgSQoVM>

Además, cada estudiante leerá el siguiente texto que expone el papel de la mujer en la literatura de Colombia:

# Colombia tiene escritoras

La polémica por la falta de representantes femeninas en un evento sobre literatura colombiana en Francia visibilizó a una generación de escritoras destacadas en el panorama nacional.



Cuando se buscan mujeres destacadas en la historia de las letras colombianas, no aparece una lista de nombres muy larga: Soledad Acosta de Samper, Meira Delmar, Laura Victoria, Marvel Moreno, Helena Araújo, Fanny Buitrago, Albalucía Ángel y, más recientemente, Laura Restrepo o Piedad Bonnett. Y es que los hombres han dominado la literatura nacional, pues han tenido más oportunidades para escribir y más facilidad para publicar sus libros. Solo basta con mirar los máximos referentes y las novelas icónicas de la historia nacional.

Preocupa que muchas veces la ausencia de mujeres no responde a la falta de calidad de su trabajo, sino a un olvido imperdonable de quienes escriben la historia literaria del país. Así, aunque Soledad Acosta de Samper tiene uno de los nombres más destacados de la literatura colombiana del siglo XIX, durante mucho tiempo estuvo ausente de las listas y los manuales de literatura colombiana. Solo desde hace unos años comenzaron a aparecer estudios y reediciones de sus obras. Lo mismo ocurre con Marvel Moreno o Helena Araújo. Conseguir sus libros es una tarea imposible.

Por eso, el fin de semana pasado, cuando se supo que diez escritores (todos hombres) eran los únicos invitados a un encuentro sobre literatura colombiana que tendrá lugar esta semana en París, en el marco del Año Colombia-Francia 2017, varias escritoras colombianas se hicieron sentir, indignadas, por lo que consideran el último episodio de invisibilización de la mujer en el campo de las letras colombianas. “Ni una sola mujer –escribió Carolina Sanín en sus redes sociales–. Una vez más, el establecimiento se empeña en decir, maliciosamente (sí, ya no es descuido: ya es programático), que no hay escritoras en Colombia”.

Eso se sumó al hecho de que en Bogotá 39, una lista que reunió las promesas de la literatura [latinoamericana](#) en mayo de este año, no aparecía ninguna escritora colombiana. La polémica creció, llegó a los medios de comunicación y levantó una polvareda en el mundo editorial nacional, pues algunos comentaristas se atrevieron a decir en los medios que el tema pasaba por la falta de calidad. Los voceros del [Ministerio de Cultura](#) –cabeza del comité que organiza los eventos de este año en Francia– explicaron que la ausencia de mujeres se debía a problemas de agenda o a decisiones de las editoriales francesas, pero la chispa ya estaba encendida. Cerca de 60 escritoras se reunieron y crearon un grupo en WhatsApp, publicaron un manifiesto y se organizaron para, a partir de ahora, adelantar una serie de acciones concretas para garantizar que las tengan en cuenta.

Pero más allá de la polémica puntual, este episodio deja claro que en Colombia cada vez más mujeres publican libros. Y no solo eso, sino que varias de ellas están entre las más destacadas del mercado. Carolina Andújar (*Vampyr*, 2009) y Amalia Andrade (*Uno siempre cambia al amor de su vida*, 2015) siempre están en la lista de los más vendidos; Patricia Engel (*Vida*, 2016) ganó el premio Biblioteca Narrativa Colombiana de Eafit; Paola Gaviria, más conocida como Powerpaola (*Virus tropical*, 2009), tiene algunas de las novelas gráficas más reconocidas del continente; y Melba Escobar (*Duermevela*, 2010) logró que *La casa de la belleza* (2016), su segunda novela, sea traducida a 12 idiomas como francés, alemán, italiano, inglés, árabe y finlandés.

“Esto no pasaba hace 20 o 50 años –explica Escobar–. Y pasa porque muchas nos dedicamos a escribir y porque ahora hay una particular sensibilidad al tema de inclusión y de igualdad. Algo que se siente en el aire y que las editoriales tienen en cuenta”. De hecho, entre lo que publican las editoriales grandes, las pequeñas y algunas autoediciones, hoy se pueden encontrar en el mercado un gran número de opciones: Carolina Sanín (*Los niños*, 2015), Gloria Susana Esquivel (*Animales del fin del mundo*, 2017), Pilar Quintana (*La perra*, 2017), Margarita García Robayo (*Tiempo muerto*, 2017), Carolina Vegas (*Un amor líquido*, 2017), Paola Guevara (*Mi padre y otros accidentes*, 2016), Marta Orrantía (*Mañana no te presentes*, 2016), Alejandra López (*El vuelo del flamenco*, 2017), María del Rosario Laverde (*Memoria de Jirafa*, 2016), Juliana Restrepo (*La corriente*, 2016) y María

Cristina Restrepo (Al otro lado del mar, 2017), entre muchas otras, además de las reconocidas Yolanda Reyes, Laura Restrepo, Ángela Becerra y Piedad Bonnett.

La cantidad, en parte, se debe a un despertar del mundo editorial colombiano, que desde hace unos años publica a más autores y tiene una mayor variedad de editoriales independientes. Pero también a que cada vez más mujeres deciden dedicarse a la **literatura** y los editores les abren las puertas. “Los tiempos han cambiado. Cada vez somos más en una gran cantidad de áreas y la literatura no es ajena –explica Marta Orrantía–. Muchas nos hemos preparado, hemos estudiado y sentimos la escritura como una decisión de vida y no solo un ‘hobby’”.

Pero a pesar de ser más y de que algunas se destacan, incluso a nivel internacional, muchas dicen que el mercado aún se mueve con unas pautas de discriminación. “Hay ciertas cosas que las escritoras no terminamos de entender –explica Yolanda Reyes, quien desde los años noventa se dedica a escribir libros infantiles y juveniles–. Hay un movimiento de mujeres que estamos escribiendo. No solo libros, también en medios de comunicación y otras plataformas. Y, sin embargo, no nos sentimos reconocidas, y eso se ve en episodios como el del evento en Francia”.

Aunque todo escritor que aún está dándose a conocer enfrenta las mismas dificultades a la hora de publicar y mover sus libros, las mujeres tienen una carga adicional: deben romper estereotipos (como que no escriben tan bien como los hombres) y destacarse en medio de un ambiente lleno de sexismo y machismo. Algunas, además, son mamás y deben cumplir obligaciones que les quitan más tiempo. Como dice Carolina Vegas, “como mujer es más difícil no solo lograr que te publiquen, sino además que te respeten como autora”. Otro problema es que muchas veces las etiquetan como ‘literatura femenina’, un término que les molesta bastante. “Así como es descabellado pensar en una ‘literatura masculina’, también lo es pensar en una femenina –explica Gloria Susana Esquivel–. Cada quien escribe desde su punto de vista, su objetividad y una estética diferente, pero como hoy todo lo femenino vende más, intentan empaquetarnos”.

Por eso, más que temáticas o narrativas similares, esta generación de escritoras tiene unas características que las diferencian del resto. No solo están más preparadas y sienten la escritura como una forma de vida, sino que, como explica la autora caleña Paola Guevara, tienen una forma particular de ser mujeres: “Autónomas, empoderadas, conscientes del poder de su voz y con un criterio muy fuerte y bien formado. Que se apoyan entre sí, que se admiran entre sí, que sienten sincera emoción por los triunfos de las demás, una nueva forma de solidaridad que se extiende para cobijar a las más jóvenes”. Así como la generación de Laura Restrepo, Fanny Buitrago y Piedad Bonnett, entre otras, abrió un camino y demostró que sí era posible

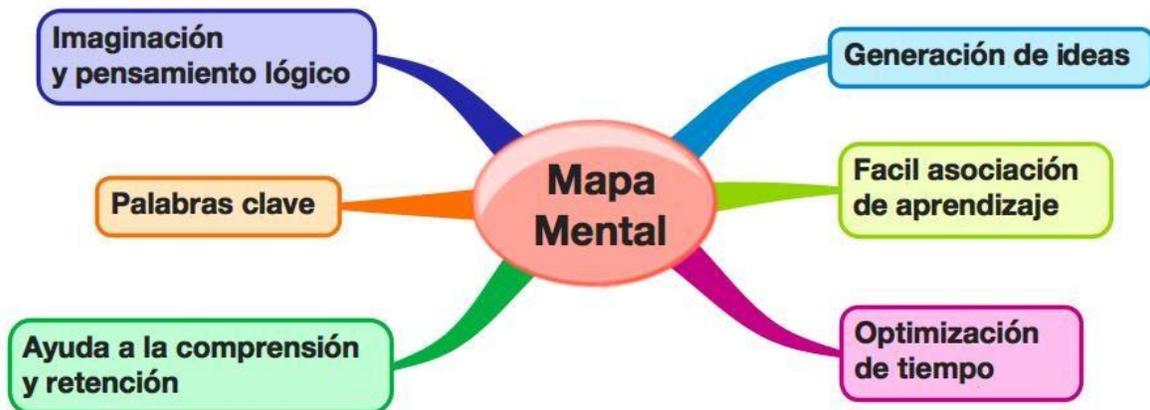
publicar y destacarse en un mercado dominado por hombres, hay una nueva generación que quiere ir más allá y lo hace sentir.

Tomado de: Revista Semana ([www.semana.com](http://www.semana.com)) LITERATURA 11/11/2017  
10:15:00 P.M.

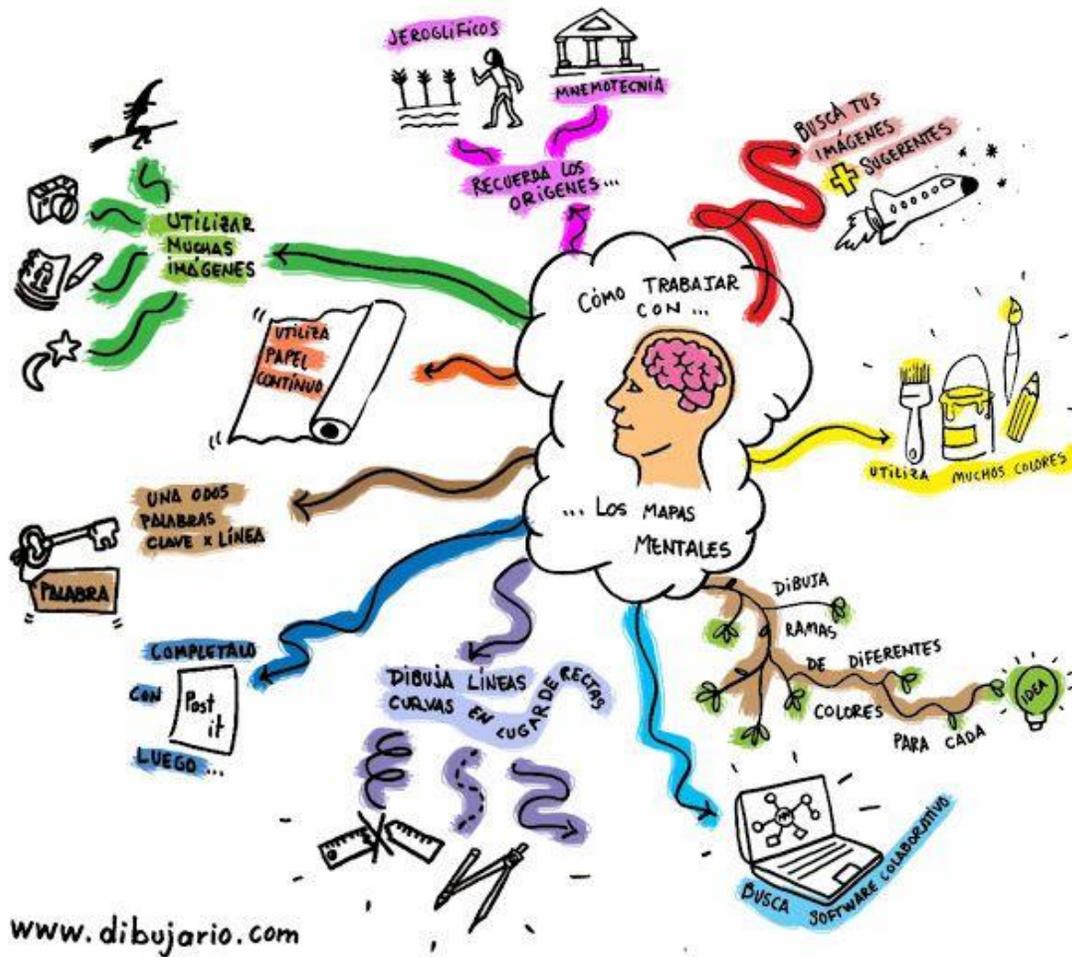
Luego de haber leído el texto, elabora un mapa mental (en Word o Power Point (de libre albedrío) que reúna los aspectos más relevantes de la información que publicó la Revista Semana. En el siguiente video le explican los pasos para elaborar un mapa mental:

Enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=OBYXSpZGVog>

Además, en las siguientes imágenes está la estructura y el mapa mental finalizado como ejemplos:



Fuente: Lectura Rápida ([www.lecturapidaycompreension.com](http://www.lecturapidaycompreension.com))



Fuente: Dibujario ([www.dibujariointeligente.blogspot.com](http://www.dibujariointeligente.blogspot.com))

Por otra parte, estas son algunas de las autoras colombianas que se van a leer en la clase y sobre las cuales se van a desarrollar talleres que representen el sentir, el goce y la subjetividad (aspectos fundamentales de la literatura) de cada estudiante.

**Marvel Moreno**

**Laura Restrepo**

**María Mercedes Carranza**

**Piedad Bonnett**

**Fanny Buitrago**

**Luz Mary Giraldo**

## **PRACTICO LO QUE APRENDÍ**

A continuación hay una serie de poemas y cuentos cortos de algunas de las autoras mencionadas con antelación, deben leerlos con detenimiento y con base en sus lecturas, desarrollarán un respectivo taller.

### **POEMA DE AMOR**

María Mercedes Carranza

Afuera el viento, el olor metálico de la calle.

Ya dentro, va dejando todo lo que lleva encima,

primero la cartera y la sonrisa;

se deshace de las caras que ese día ha visto,

los desencuentros, la paz fingida,

el sabor dulzarrón del deber cumplido.

Y se desviste como para poder tocar

toda la tristeza que está en su carne.

Cuando se encuentra desnuda

se busca, casi como un animal se olfatea,

se inclina sobre ella y se acecha:

inicia una larga confianza tierna,

se pide respuestas, tal vez tiene la mirada turbia;

separa las rodillas y como una loba se devora.

Afuera el viento, el olor metálico de la calle.

## VÍSPERA DE LA BODA (1964)

Fanny Buitrago

La niña aprendió que el mundo es redondo como una naranja amarilla y que sus habitantes se dividen en dos: los gatos y las mujeres. Las mujeres sentadas afuera. Junto a las caléndulas. Encorvadas alrededor de la abuela, labrando mariposas y orugas de seda —con agujas oxidadas— en un amarillento vestido. Ella espiaba, oculta, tras una puerta desvencijada. Le fascinaba el resplandor del tejido, dócil, acariciador, con reflejos danzantes y azulados. Y la figura olivácea de Bethseba. Balanceándose en un mecedor de mimbre, espantando moscas verdosas con un abanico de fantasía, y, sonriendo, de tanto en tanto, para sí, con sus dientes limados y pequeñitos. Alhucema y ron alcanforado. Ungüentos perfumados. Esperando por el vestido. (El mismo que guardó por años en un baúl claveteado. Que rondaba en las conversaciones de las mujeres. Y que la niña nunca vio antes). Oía el mascullar de las voces —silbando entre dientes cariados—; sentía las miradas oblicuas, supersticiosas, envolviendo a una novia encanecida.

Virginidad. Polvos de arroz. Géneros fuertes y almidonados. Y los felinos, obesos, pesados. Alimentados con carne cruda y leche fresca. Con rutilantes pupilas estriadas y pieles lustrosas, dejando testimonios-canela en mesas, sillas, y sábanas. También en los regazos de las mujeres y en la sopa aguada que humeaba en la cocina. —Años atrás —hablaba la abuela—. Bethseba fue morena y joven. Ajeno su cuerpo a la rigidez de ahora. La iglesia se adornó con jazmines y margaritas. Se tocaron campanas, y todas ayudamos a lavarla, con leche de cabra y agua de rosas. 34 La vieja suspiró ruidosamente por su nariz con cornetes. Conocía de vacas, de estiércol, de azadones y tierra. Agujas no. Nada de sedas y agujas. El mismo murmurar. De los años pasados. De los venideros.

—No acudió —dijo Braulia, cortando el hilo de raso—. Estuve allí. Le había comprado una peineta de Carey y dos pañuelos de lino. —Fue el vestido —los dedos de la abuela, hinchados de años y artritis, rodaron forzados la aguja—. Seda comprada a Berta, esa ramera del café. ¡Maldita antes! ¡Maldita ahora que Bethseba se casará con ese vagabundo! David Centeno. Avaricioso, mendigo, harapiento. ¡Te maldigo a ti y a tu flauta de caña! —Ave María. Irene levantó el rostro, al camino, buscando el movimiento de la brisa en los ciruelos. —Creí verlo —dijo. Poseía una hermosura oscura, redundante, con soñolientos ojos pardos, párpados reseco, y altos pómulos. Sus labios estrechos rezumaban cansancio y rebeldía. “Ese vestido es para mí. Estoy en mi derecho. Soy joven y ella vieja. No es justo envejecer sin hombres en un sitio tan apartado como éste. Estoy cansada de obedecer y doblar siempre las costillas.

Odio a Bethseba, y a la abuela, y a la casa, y al día en que me parieron”. La niña deseaba ardentemente tocar el vestido. Quería acercarse, burlar a la abuela, robarlo. Y esconderlo muy lejos, en donde nadie lo viera —ni siquiera el ojo monstruoso de ese Dios que habitaba

arriba— y, tenerlo, con su brillo, junto a la piel desnuda. Como en los cuentos de hadas. — No quiso escuchar —continuaba la abuela—. Quería boato para su boda y no vaciló ante nada para conseguirlo. Le supliqué. Le suplicamos. Se negó a desposarse cuando le presenté un traje decente, de tela común, que me fiara un comerciante honrado. Quedó en su cuarto de soltera. Terca y sin lágrimas. Mientras los invitados reían soeces y se tomaban nuestro vino y pateaban la puerta y le ponían cuernos de nogal al novio borracho.

—Juraría que viene —Irene tornó, insegura, temerosa de sus palabras.

—Dios no debía permitirlo —Braulia se estremeció bajo la blusa remendada. Se podían contar sus huesos, dibujados fielmente, a través de los zurcidos. Muchos. Infinitamente repetidos. Hablaba bajo, cubriéndose la boca con el brazo, avergonzada de sus encías desnudas. —¡Quiero que venga! —se irguió altiva la abuela—. No quiero más Ledas bajo mi techo, hechas por descuido, sin nombre y sin apellido. Braulia se encorvó más. Como cada vez que se permitía opinar. Como en cada ocasión en que acariciaba a la niña a hurtadillas. —Viene... —musitó Irene, roncamente, palpando excitada sus cabellos trenzados. Rojizos. Pulidos como una tetera de cobre. “Lo quiero. No sé quién es. No me importa tampoco. Pero es un hombre y con él puedo partir y liberarme.

Bethseba morirá pronto. Lo presiento. ¿Y si él no quisiera? Querrá. Tiene que querer”. La niña le vio de inmediato. Avanzaba penosamente por el camino desigual, a pesar de que su paso se intentaba seguro y firme el asentar de sus pies desnudos. Y su presencia, desdibujada por el polvo y la neblina, crecía desmesuradamente en su fantasía. Sintió deseos de gritar. La venció el miedo cervical que le inspiraba la abuela. Él. Le vio varias veces, en el muelle, allá en la ciudad, rodeado de mucha gente. Pregonaba calderos de cobre y entonaba extrañas melodías con una flauta. Bambú. Bum-ba. Enseguida recordó las historias de Braulia (la mujer vieja y fea que le besaba al anochecer, entre sollozos, cuando la imaginaba dormida); aquellas que relataba opacamente, junto a su estera, antes de que se extinguieran las espermas. Las sabía de memoria.

“La princesa fue encerrada en la torre, con siete candados y siete llaves, y, entonces, llegó el hermoso caballero —desde lejos— cabalgando en un hermoso potro blanco, 36 sobre las nubes transparentes. Sólo la princesa le vio, y partió con él, burlando a las brujas, las libélulas y los elfos, que danzaban endemoniados en el foso del castillo...” El mecedor de Bethseba rechinó. Agitaba un brazo al camino. La niña tuvo miedo. —Sal de ahí, Leda. Es mi novio quien llega. Salió despacio del escondite. “Ven, niñita, ven”. Bethseba acarició el cráneo pequeño y ahusado. Era enjuta, cerosa, con senos caídos y caderas estrechas. Usaba un amplio ropón calicó-medio-luto de mangas abombadas y letines almidonados al borde de la falda. Los cabellos muy largos, salpicados de plata, caían por sus espaldas, bordeando los brazos del mecedor. Tenía un continente sereno, magro, que la envolvía en un aire de agresiva armonía. (Rosarios de cuentas. Amuletos. Medallas oxidadas. Pulseras de plata y jade).

Sus ojos amarillos brillaban febriles: Había pagado con ganado y terrenos por ese muchacho. Lo tendría. La niña se resentía ante las caricias. Era la tía Bethseba. Que amasó una fortuna prestando dinero a interés. Vendiendo tabaco, comprando objetos usados, destilando whisky, alquilando bestias, componiendo matrimonios o deshaciéndolos. Se decía que fue ella quien trajo a esas mujeres que vivían a la salida de la ciudad —en la casa de la luz roja—, que dormían de día y recibían hombres en la noche, y cuyos rostros pintados y grotescos no podía mirar la niña. Le ordenaron cerrar los ojos cuando iba y venía por el camino de la escuela: Conocía las cejas de carbón, las mejillas coloreteadas, los moños altos (florones, pachulí, palabrotas). Le sabían muy bien los dulces que ellas regalaban. A veces les sacaba la lengua al pasar o recibía sus monedas. La abuela no aludía a ello. Tampoco las demás, que pasaban los días ociosas, sentadas en el corredor, tejiendo o quejándose o murmurando. Pero la niña sabía: El dinero de la carne, y el de la manteca, y el del arroz. Todo. Provenía de la bolsa de dril que colgaba —sujeta a una tira de cáñamo— del cuello de Bethseba. Y las vacas y los perros y los cerdos y los árboles. Todo le pertenecía. —Viene... —se agitó la niña, desprendiéndose de las manos posesivas y rugosas, de uñas punzantes. Las mujeres comenzaban a rezar el viacrucis. Con dignidad. Cansadas las voces y sin dejar de bordar. El muchacho apuró el paso. La abuela abandonó la aguja y escudriñó la penumbra. Un último amén murió en sus labios agotados. —Efectivamente —reconoció—, ha venido. Está aquí. —Sí —Irene se debatió angustiada—. Pronto veremos su rostro y la edad de su piel. —Calla —la abuela hundió unas garras engarfiadas, romas, en el brazo redondo, de piel dura—.

¡Calla! No quiero hombres aquí. Nunca hemos necesitado de ellos. Irene se desasíó con violencia. Corrió a la casa, llorando, haciendo de su cuerpo un solo manchón borroso, convulsivo y expectante. Tropezó con la niña en su afán de llegar al mecedor y abrazar —confusa y angustiada a la inmóvil Bethseba, que semejava una gaviota abandonada, gris, sobre una roca gris, mirando alejarse a su bandada. (Y en el mar. Afuera. Las otras gaviotas. Disputando rapaces. Chillando despiadadas al paso de los barcos pesqueros). —Sí, sí —decía ahogadamente— es un hombre. Ya tarde, cuando estás prácticamente muerta y tu juventud se ha convertido en un nombre lejano. Apenas un nombre en tinta y letras. ¡Y él es joven! Joven su presencia y el polvo que levantan sus pies. Bethseba rió a carcajadas.

Los ojos fijos en el camino. Respirando afanosamente, con lascivia de respirar, gorgoteando como una criatura, en tanto que grandes salivazos rozaban las arandelas de su traje. Él estaba muy cerca. Haciendo visibles una camisa azul-plomo y una vieja maleta de cartón atada con cuerdas nuevas. La niña se aventuró fuera del corredor. Quería verlo. Tocarlo si era posible. —¡Estoy! He llegado —gritó el hombre, con tono bronco, como si hubiese perdido su voz y acabara de recobrarla. Bethseba rodó el mecedor, se puso en pie y avanzó unos pasos. La niña cruzó el patio, ágilmente, sorteando el grupo de las mujeres, las caléndulas y la oscuridad casi completa. Él era delgado, moreno-oro, con movimientos lentos y 38 perezosos. De la misma familia que los gatos. Se apoyó en la cerca, hundiéndose

la barbilla en el círculo de una caña. Masticaba tabaco y hojas de limón. —La noche es buena —su acento era desafiante y cóncavo. —Hoy es un día como los cuentos —murmuró la niña— Extraño...

Todos los príncipes de que supe llevaban zapatos. ¿Por qué él no lleva zapatos? Las mujeres no respondieron. De pronto. La abuela sintió aquello absurdo, maléfico, producto de una venganza o de una envidia reconcentrada. Tenía que hacer algo. Apartó la costura y fue a buscar un rifle, sin mirar a la niña, ni percatarse de la expresión victoriosa de Bethseba. Encontró un arma a la mano, en uno de los anaqueles, con tres balas dentro. Examinó el tambor. Limpió el cañón. Y, con sumo cuidado, apuntó al pecho del hombre. —Márchese. Él respiró en la oscuridad. Estaba tranquilo. —Hice un negocio. Vengo a cumplir mi parte. La niña estaba junto a él. Halando la camisa sudorosa, respirando el olor del hombre, llamándole con nombres inventados, buscándole el rostro de los príncipes. —Disparará —advirtió Irene trabajosamente. —Dispare —retó él—. Mi padre tiene documentos firmados. Lo perderán todo, hasta la casa. Mientras, Bethseba contemplaba, abismada, la figura — nublada y distante— del macho que cambiara por su mejor ganado y la mitad de sus terrenos.

La ira de la abuela, de espaldas a ella, el llanto de Irene, y el temor de Braulia, la tenían sin cuidado. Le fastidiaba la expresión soñadora de la niña (que adivinaba en la cortina de oscuridad), y sus ojos taladrantes, hondos, lacrados en el hombre. —¡Lárguese! —Ella dio su firma. Accedí a venir y aquí me quedo. También tengo hambre. —Tiene hambre —repitió la niña. La abuela disparó al aire alborotando a los animales que dormían desde temprano. Apuntando, en seguida, al pecho masculino. —Tiraré a matar. No quiero hombres aquí. Sólo sirven para haraganear y comer y hacer hijos y abandonarlos luego. —Tengo hambre —insistió él—. Me dejaré matar, mañana o después de mañana. Ahora necesito comer. —Le advertí —la abuela midió la distancia cerrando un párpado. Él no se inmutó. Y ella disparó, con pulso seguro, en el momento en que la niña se colgaba del rifle, desviando el proyectil. Casa, noche, mujeres y terreno se elevaron, descendiendo, enseguida, en forma vertiginosa. Y él se dejó ir, abandonándose al deseo de luchar, y cerró los ojos. Sentía la hierba debajo de su cuerpo. Trascendió una risa seca e hiriente. Cuando rodó la cerca podrida, encima de las sillas de mimbre, asustando a las mujeres, ensuciando el vestido de Bethseba.

## MÁS PODEROSO QUE LA MUERTE

Luz Mary Giraldo

Como árbol de nubes y manto de pájaros al aire

llega el amor que desordena todo

con su música breve.

Más dulce que el vino y más poderoso que la muerte

llama con voz de seda tejida en *flecha ponzoñosa*.

Es vuelo de colibrí suspendido en el aire

y llega como se va:

desafiando el silencio.

Con base en la lectura de los anteriores poemas y el cuento desarrolle el siguiente taller:



## TALLER DE LITERATURA FEMENINA

1. A partir de la lectura del poema *"Poema de amor"* de María Mercedes Carranza responda:
  - ¿Cómo interpreta la imagen de la mujer?
  - ¿Por qué cree que María Mercedes escribe de esa manera?
  - Realice un dibujo que represente alguna imagen mental que le genere el poema.
2. Después de leer el primer capítulo del cuento *"Vísperas de la boda"* de Fanny Buitrago, realice lo siguiente:
  - Dibuje dos escenas que simbolicen el primer capítulo del cuento.
  - Realice una lista de sugerencias para la autora sobre el cuento: ¿qué le diría a la autora sobre la manera en como escribe?
  - Haga una lista de cinco títulos diferentes que le pondría al cuento.
3. Luego de leer con detenimiento el poema *"Más poderoso que la muerte"* de la poeta ibaguereña Luz Mary Giraldo:
  - ¿Qué imágenes circulan por su cabeza?
  - ¿Estaría dispuesto (a) a tomar el papel del colibrí?
  - Escriba una carta corta manifestándole a la poeta lo que más le gustó del poema.

### ¿CÓMO SÉ QUÉ APRENDÍ?

*Para reflexionar:*

1. Luego de haber leído e interpretado algunas autoras colombianas que pese a su constante esfuerzo se atrevieron a escribir, ¿qué piensa de la literatura femenina en Colombia? Justifique su respuesta de manera interpretativa.
2. A partir de la lectura y visualización de algunos videos referentes al tema, ¿les seguirá costando trabajo a las mujeres colombiana escribir literatura? Argumente su respuesta de manera crítica-reflexiva.

## ¿QUÉ APRENDÍ?

Después de haber culminado el tema La literatura femenina en Colombia, responda el Google Test que reúne información relevante y dialogada en los encuentros virtuales.

*Nota:* A todos los estudiantes se les enviará el link del Google Test en el cual se evaluará lo aprendido del tema visto.

### **Recomendaciones para la entrega de la guía:**

- La presente guía debe resolverla de manera individual bien sea en documento de Word o a mano, los cuales deberán subirlo a la plataforma Sygescol en *Tareas propuestas* en los respectivos enlaces. Si el trabajo lo va a hacer a mano, tenga en cuenta la ortografía, la caligrafía y evite tachones (adjuntarán fotos en un documento de Word si así lo desean).
- Para el desarrollo de la presente guía tendrán el tiempo correspondiente y las fechas para su respectivo envío.

*“Nuestra mayor debilidad radica en renunciar. La forma más segura de tener éxito es siempre intentarlo una vez más”*

*Thomas Edison*